

VIVIENTE PERSONAL Y VIDA ESENCIAL.
GLOSA A ALGUNOS PASAJES DE LA INTRODUCCIÓN
DEL VOL. II DE LA
ANTROPOLOGÍA TRASCENDENTAL
DE LEONARDO POLO

Documento recibido: 6-XI-2008
Versión definitiva:
BIBLID:

RESUMEN: Se glosan algunos pasajes de la Introducción del tomo segundo de la *Antropología trascendental* donde Leonardo Polo propone que el acto de ser humano según el carácter de *además* equivale a *viviente personal* a la vista de su convertirse, en el nivel trascendental, con la libertad y la intimidad como trascendentales más altos que los del ser principal. A su vez, el descenso de nivel esencial procedente de esos trascendentales personales equivale a la irrestrictamente creciente *vida esencial* humana, en la que se activamente se recibe la vida natural orgánica individual —*vida recibida*—, que de ese modo espiritualmente es vivificada—*vida añadida*—.

Palabras clave: Acto de ser, esencia, viviente personal, vida esencial, sabiduría, síntesis, naturaleza, espíritu, alma, cuerpo.

SUMMARY: There are annotated some passages of the *Introduction* of the second volume of the *Antropología trascendental* where Leonardo Polo proposes that the act of human being according to the character of *además* is equivalent to personnel living in view of turning, in the transcendental level, with the personal freedom and the intimacy as more high transcendentals that those of the principal being. In turn, the decrease of essential level proceeding from these personnel transcendentals is equivalent to the *essential human life* increasing without restriction, in which there is received actively the natural organic individual life *-received life-*, which thereby is spiritually revitalized *-added life-*.

Key words: Act of being, essence, personnel living, essential life, wisdom, synthesis, nature, spirit, soul, body.

1. Texto de Polo

[...] La cuarta dimensión del abandono del límite mental es el *quedar creciente* en el límite. El tema que le corresponde es la esencia

de la persona humana¹. La esencia es la *manifestación* de la persona. En tanto que la esencia depende de los trascendentales personales, la palabra *manifestar* indica su depender de la co-existencia, y equivale a *iluminar*, que significa su depender del intelecto personal; a *aportar*, que señala la dependencia respecto del amar y del aceptar donal; y a *disponer*, palabra que expresa la extensión a la esencia de la libertad trascendental. [...] La esencia humana está abierta a los trascendentales clásicos: las luces iluminantes son verdaderas, y el aportar remite con limpidez al bien. Según su abrirse a la verdad y al bien, el *ápice* de la esencia humana es la dualidad *ver-yo* y *querer-yo*².

[...] La co-existencia carece de réplica. Sin embargo, como esa carencia no es compatible con que la persona se aísle, la réplica se busca. [...] Teniendo en cuenta que la co-existencia carece de réplica, se debe decir que es *silenciosa*, y que su actividad —la libertad trascendental— es un tema sin tema, salvo por conversión con el buscar.

La palabra *manifestación* indica que la esencia humana depende de la co-existencia³. Por tanto, con esa palabra se considera la distinción real del acto de co-ser y su esencia, es decir, la dualidad del acto y la potencia en la criatura humana, dualidad equivalente a la temática a la que se llega de acuerdo con la distinción entre la tercera y la cuarta dimensión del abandono del límite mental.

La co-existencia humana carece de réplica, pero su esencia no; mejor dicho, existe una pluralidad de personas humanas que se encuentran a través de sus respectivas esencias. En este sentido la esencia humana es dialógica: instaura la sociedad humana y la comunica-

¹. En atención a la distinción real de ser y esencia, es mejor decir “esencia de la persona humana” que “esencia del hombre”. Para resaltar la distinción entre la esencia de la persona humana y la esencia extramental, empleo la expresión “esencia humana”.

². Conviene indicar sin dilación que la inteligencia no es una relación trascendental con la verdad, pues sus operaciones no la saturan. En cambio, la voluntad es relación trascendental con el bien. De aquí que los hábitos innatos superiores a la esencia sean intelectuales: completan el respecto esencial a la verdad. La distinción entre trascendentales personales y metafísicos se perfila mejor al sostener que el respecto al bien es esencial.

³. La co-existencia es silenciosa, pero la persona humana no se conforma con el silencio, sino que busca y se manifiesta. La manifestación es la victoria potencial, o esencial, sobre el silencio.

La búsqueda de réplica es trascendental, y de su carencia surge la manifestación esencial, que no lo es. En tanto que la carencia de réplica se vuelve hacia abajo, se bifurca: de ella derivan *ver-yo* y *querer-yo*.

ción lingüística⁴. En tanto que manifestativa, la esencia humana se ha de entender como *apelación*, es decir, como prestar y llamar la atención. Y como esa apelación no es anónima, comporta *ver-yo* y *querer-yo*. El ápice de la manifestación es el hábito innato llamado *sindéresis*.

La libertad es el trascendental antropológico que se convierte más directamente con la co-existencia, puesto que es la actividad del co-acto de ser personal. El carácter silencioso de la co-existencia se corresponde estrechamente con la ausencia de tema de la libertad trascendental⁵.

Al depender de la co-existencia, la manifestación esencial está, por así decirlo, 'atravesada' por la libertad. Esta extensión de la libertad es la actividad de la esencia. Por eso la esencia es vida, y su vivir es inmortal⁶. Al respecto, conviene señalar dos distinciones: en primer lugar, la distinción entre *viviente* y *vida*; y en segundo lugar, la distinción entre vida añadida —o *refuerzo vital*— y vida *recibida*.

La vida que depende de la co-existencia es vida esencial. De acuerdo con una famosa sentencia de Aristóteles, *zoe zoein einai*; según mi propuesta, el vivir humano está en el nivel esencial: es la manifestación del viviente humano. El animal no es *además* como viviente, sino sustancia potencia de causa⁷. En este sentido, el animal se

⁴. El lenguaje humano es distinto del lenguaje divino, puesto que las personas divinas no carecen de réplica. En cambio, el lenguaje humano ha de colocarse en la esencia como manifestación, es decir, en la comunicación recíproca con que cierta réplica es posible.

En el paraíso, Dios hablaba con el hombre; de manera que antes del pecado la carencia de réplica era vencida por la familiaridad con Dios. Sin embargo, la capacidad de diálogo no es anulada por el pecado. La amistad es la comunicación esencial más alta.

⁵. La libertad trascendental se describió como un tema que no remite a otro tema —salvo por conversión con el buscar—. De aquí que su valor temático equivalga por entero a la no desfuturización del futuro: como tema la libertad no es dual (cfr. *Antropología trascendental*. I. *La persona humana*, Eunsa, Pamplona, 1999, 234). En cambio, la libertad esencial es método que suscita o constituye temas.

⁶. La extensión de la no desfuturización del futuro a la esencia es su inmortalidad, y también su proyecto manifestativo: la vida humana es proyecto. Así se muestra la dualidad de la esencia como manifestación y como aportación. La vida inmortal está intrínsecamente iluminada: es la dualidad de la *sindéresis*. Esta observación preside el tema de la muerte corpórea.

⁷. Cfr. *Curso de teoría*, IV/2, Eunsa, Pamplona, 1996, 295-297.

agota en vivir sin que quepa decir que *además* es viviente. Por tanto, en antropología es válida la fórmula *vita viventibus est essentia*. Paralelamente, la actividad de la esencia humana —la vida como libertad— es inmortal, y la actividad de la co-existencia es más que inmortal: el viviente conocerá como es conocido⁸.

En tanto que la vida añadida depende de la co-existencia, son características suyas reforzar una vida que no viene de ella, y respecto de la cual le corresponde añadir, redundar, inspirar. Por eso, la manifestación es manifestante: no sólo se manifiesta, sino que manifiesta⁹. En cuanto que la vida es vida del viviente, es vida añadida a la vida que procede de los padres. La generación humana procede de los padres. Pero ‘padre’, ‘madre’ e ‘hijo’ son nombres de personas, y aunque no existe hijo humano sin generación, los padres lo son por el hijo. Las células reproductoras proceden de los padres; en cambio, la persona del hijo es creada por Dios: por más que a generaciones distintas correspondan hijos distintos, el carácter personal del hijo no procede de sus padres¹⁰.

⁸. Eckhart dirige la siguiente pregunta a la vida: ¿vida para qué vives? La respuesta: vivo para vivir. El para qué de la vida es vivir, y por eso, sostiene, es eterna: si se repite la pregunta, la respuesta siempre será la misma. En mi planteamiento, la vida humana equivale a la manifestación del viviente, por lo que no se limita a seguir viviendo sino que *aspira a vivir más*. La vida humana no es sin el viviente del que depende; por eso no se puede entender como *physis*, distinguiendo un sentido nominal y otro verbal de la vida, puesto que la vida humana es activa y el viviente también (la vida humana no tiene sentido nominal, ni el hombre es un ente; la persona humana no es el que vive, sino el quien viviente).

⁹. La riqueza de la esencia humana no es sólo el contenido de la vida recibida, sino ser vida que procede del viviente que refuerza la vida recibida. Por eso la vida humana, aunque no es una réplica, es un redoblamiento: es vida en tanto que añade.

Al depender de la persona procediendo de ella, el ápice de la esencia prosigue —es procesual— de dos modos que llamo *suscitar en cascada* y *constituir en corriente*: un mirar doble y prolongado.

¹⁰. Con esto se alude a la contingencia y azarosidad de la generación del ser humano y a la predilección de Dios, sin la que no cabe persona humana. El carácter azaroso de la generación remite también a la persona del hijo. En ese sentido, quien será su hijo depende de lo que aportan los padres. El cuerpo de una persona no es intercambiable: con otro cuerpo sería creada una persona distinta. Los padres se desprenden de células vivas; hasta aquí es correcto hablar de ‘reproducción’, aunque es mejor llamarlo donación que el hijo acepta: esta aceptación es indisociable de la creación de

Así pues, la vida que viene de los padres tiene que ser reforzada por el hijo para que sea vida propia: se añade vida a las células sexuales, que están vivas. A la vida que procede de los padres se ha de añadir un refuerzo que depende de la persona del hijo. Dicho refuerzo es la manifestación de la persona. Si la vida de un ser humano procediera enteramente de sus padres, no se podría hablar de la vida como esencia de la persona del hijo. Sin embargo, es preciso no pasar por alto que la especie humana es social, y que la vida recibida emplaza a la persona en la historia. Si el ser humano se aísla, el crecimiento de su libertad esencial es imposible.

En la medida en que la apropiación de la vida que viene de los padres tiene éxito, acontece la *expresión* esencial. La expresión es psicosomática y mortal. En lo psicosomático entra el desarrollo no sólo de las funciones orgánicas, sino también el de las facultades sensibles cognoscitivas y apetitivas, cuyo ejercicio es sistémico: relacional y complejo. La expresión es guiada por la manifestación, y sin ella su complejidad —que no es sólo gestual— se dispersa o desordena¹¹.

La cuarta dimensión del abandono del límite mental investiga la esencia humana que manifiesta a la persona, es decir, la vida como manifestación del viviente¹². La vida aspira a más vida; dicha aspiración depende del carácter de *además*. Para no suponer la vida se precisa no suponer el viviente, ni la vida respecto de su aspirar a más vida, a crecer.

Al sentar la distinción real del viviente y la vida, se sostiene que la vida es del viviente en cuanto que refuerza la vida recibida; sin refuerzo no cabe hablar de manifestación. Por tanto, lo propiamente manifestativo es el refuerzo: la orientación de la vida por el futuro no desfuturizado, según la cual se describe como vida que aspira y apela.

Lo que tradicionalmente se llama alma espiritual —inmortal— se entiende aquí como la manifestación esencial humana, que va desde la sindéresis hasta las potencias inmateriales y la expresión psicosomática. Tomás de Aquino sostiene que la realidad del alma se conoce habitualmente. Como es claro, ese hábito es innato, y aquí es equipa-

su persona, y comporta una gratitud que se incrementa con la deuda contraída por la educación paterna.

¹¹. Algunas indicaciones sobre el estudio de la esencia humana con el método sistémico se encuentran en *Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo*, Rialp, Madrid, 4ª ed., 2001.

¹². Dicha investigación parte del darse cuenta de la presencia y sube hasta los temas más altos animada por la libertad.

rado a la sindéresis. Desde la sindéresis se entiende el alma como refuerzo vital.

El refuerzo vital es capaz de *inspirarse* en la vida recibida. Esa inspiración no significa precisamente comprender la vida corpórea, sino reforzarla¹³. La sindéresis se describe como *inspiración global* y, por tanto, como manifestación y refuerzo globales¹⁴. No cabe que la inspiración sea unilateral, o sin refuerzo. Por tanto, debe cifrarse en la *inclusión* de la inteligencia y la voluntad en el cuerpo¹⁵.

La vida como esencia depende del viviente y es vida como refuerzo que se inspira, y aspira a más vida. El refuerzo comporta manifestación de acuerdo con una orientación creciente. Por eso la vida reforzada no se puede separar de la valoración: vivir más no es indiferente. En este sentido, la vida esencial se inspira: la valoración y la inspiración son inseparables. De acuerdo con esto se abre la distinción entre vida *valorante* y vida *valorada*. La vida es valorada en tanto que nunca es bastante.

La distinción entre vida valorante y vida valorada permite una exégesis de la noción de *valor* discrepante de la de Nietzsche: la vida recibida trata de mantenerse y, por tanto, valoran tanto que reclama sus fueros. En cambio, la vida valorante, al inspirarse en la vida valorada, dispone de ella y, por tanto, es libre: vale más, pero no se limita a seguir viviendo, sino que aspira a más. La capacidad de inspirarse en la vida recibida aspirando a más pone de relieve el carácter creciente de la esencia humana. Sin olvidar que la inspiración que aspira es propia de la vida espiritual, se ha de señalar que sin vida en que inspi-

¹³. Dios no se inspira en la vida porque es Originariamente Viviente.

¹⁴. Si no tuviera sentido global, la expresión 'inspirarse en la vida' no sería válida. Desde aquí se puede distinguir la sindéresis del hábito de los primeros principios, que es una advertencia pero no una inspiración. Por eso se afirmó que dicho hábito equivale a la generosidad de la persona. La sindéresis se distingue de la generosidad en tanto que es el ápice de la inspiración vital. Paralelamente, los primeros principios son actos de ser extramentales, independientes de la persona humana, mientras que el vivir depende del viviente. En suma, la inspiración propia de la sindéresis comporta aspiración porque es superior a la vida recibida. En cambio, los primeros principios son más altos que el hábito intelectual, el cual *accede* a ellos plegándose a su superioridad.

¹⁵. Comprender la vida recibida es asunto arduo del que no puede prescindir la cuarta dimensión del método propuesto, que ha de completar lo que se ha descubierto en su segunda dimensión.

rarse, las potencias espirituales no actúan¹⁶. La noción de potencia pasiva señala la humildad de la vida valorante, es decir, del refuerzo vital. De aquí, que la inteligencia y la voluntad empiecen a operar en determinada edad. La unión del alma con el cuerpo se entiende como inspiración valorativa; el alma es vida añadida¹⁷.

La *recepción apropiante* de la vida recibida corre a cargo de la vida añadida, y por ser global, no sólo de las operaciones de la inteligencia y de los actos voluntarios, sino de la *sindéresis*. En tanto que la presencia mental es la guarda de la esencia humana, el cuerpo es uno de los sentidos del hecho: la presencia mental 'lo da por hecho'. De esta manera el cuerpo no se supone.

Por tanto, la realidad del alma estriba, no sólo en las potencias espirituales, sino en su ápice habitual: la *sindéresis*. La recepción del cuerpo es un hábito innato, de manera que la referencia del alma al cuerpo no es la de un acto primero, y menos aún la de una causa formal. Asimismo, no estimo acertado sostener que el alma humana separada del cuerpo sea una sustancia incompleta, pues un hábito innato es realmente superior a una sustancia¹⁸.

La vinculación del alma con el cuerpo es muy estrecha, precisamente porque el alma es vida añadida a la vida recibida. Solamente reforzándola o añadiéndose a ella, el alma recibe la vida que viene de los padres¹⁹.

Al considerar la extensión de la libertad trascendental a la manifestación que depende de la co-existencia, se descubre que la vida añadida dispone. El *disponer esencial* es vertebrado por la libertad.

Los hábitos adquiridos, así como las operaciones de la inteligencia, y los actos de la voluntad son *modalidades dispositivas* de la *sindéresis*. Se ha de señalar la dualidad de los modos de disponer con

¹⁶. Por ejemplo, la *sindéresis* ilumina los fantasmas: iluminarlos equivale a inspirarse en ellos. De acuerdo con eso se dice que la inteligencia es potencia pasiva.

¹⁷. Una manera de aproximarse a este asunto puede verse en Plessner y en Zubiri. Para Plessner, la debilidad de los instintos humanos da lugar a que la inteligencia se haga cargo de la conducción de la vida. Para Zubiri, la hiperformalización del cerebro del hombre exige la intervención de la inteligencia.

¹⁸. Por correr a cargo de un hábito innato, es posible la posesión corpórea, es decir, la técnica.

¹⁹. Por eso la muerte es asunto serio, y no un mero evento accidental.

respecto a lo disponible interno o externo a la esencia humana²⁰. Por más que los actos voluntarios que tienen que ver con los medios sean susceptibles de libertad de elección, sería un error pernicioso sostener que al elegir se determine de cualquier manera la correspondencia de los actos elegidos con los medios. Dicha correspondencia no es caprichosa porque sin temas la libertad se desvanece. Llamo pretensión de sí mismo al intento de disponer de la esencia propia o de las esencias de las demás personas humanas forzando la correspondencia temática. Este intento es característico del egoísmo, y conlleva una desvirtuación de la libertad: en la pretensión de sí mismo subyace la penosa identificación del co-ser con la esencia. La dotación temática reclamada por la extensión de la libertad no permite tal identificación.

Los modos de disponer pueden describirse con la noción de *interés*, que es dual con lo *interesante*²¹. Por otra parte, como la *sindéresis* es el ápice global de la esencia humana, el disponer esencial puede llegar hasta el sacrificio de la vida recibida.

Una cuestión que requiere especial atención es el fracaso temático de la libertad arbitraria. La libertad vertebrata los temas pero sin ellos es un esqueleto muerto. La tragedia de la persona es su aislamiento, pues en esa situación su libertad esencial se empobrece. Al igual que la libertad trascendental, la libertad esencial es estrictamente irreflexiva: método y no tema.

Quedarse en la persona sería no atender a la fecundidad de su esencia, es decir, a su manifestación²². Cualquier explicación causal o pregunta por el porqué no es pertinente en la esencia humana, que se distingue de la concausalidad extramental²³. La cuarta dimensión del

²⁰. El acto voluntario llamado *uso* dispone de los medios y en cierto sentido de los hábitos adquiridos. Esto último es una afirmación de Tomás de Aquino. No todos los hábitos son útiles en todas las coyunturas prácticas: por ejemplo, manteniendo incólume la virtud de la justicia conviene matizarla pues no es lo mismo tratar con personas que con mosquitos.

²¹. El tedio, el terror y la angustia indican que esta dualidad puede romperse, lo que acontece casi siempre en la pretensión de sí mismo.

²². Nótese que *quedar* se ha descrito como el valor metódico de la cuarta dimensión del abandono del límite mental, que se distingue realmente de la tercera dimensión de dicho método: por eso la expresión ‘quedarse en la persona’ es completamente extraña al carácter de *además*.

²³. Asimismo, es preciso admitir que en el cuerpo humano la causa eficiente es menos importante que en otras realidades físicas, porque es inhibida por la recepción.

abandono del límite mental es expositiva: la manifestación es manifiesta.

La potencialidad de la esencia humana se cifra en la pluralidad de actos y no debe confundirse con la potencialidad física que es concausal. Son niveles potenciales discernibles. Por otra parte, la concausalidad confiere actividad a la potencia física, mientras que el alma inmortal posee potencias pasivas.

Terminaré la introducción haciendo notar que la actividad libre llega a temas según la dualidad de la sindéresis. *Disponer-yo* sólo es admisible de esa manera, pues en otro caso la extensión de la libertad se angostaría —carecería de temas—. La distinción entre suscitar y constituir comporta que la extensión de la libertad termina en el límite mental y en el voluntario, al que llamo *tope* no abandonable²⁴. Se dispone de la vida recibida en sus niveles bio-psíquicos. La distinción entre actos esenciales es potencial porque tales actos se separan por la potencia, que es la clave de su pluralidad. La potencia es continua y los actos discontinuos. Las dos ramas temáticas de la libertad se distinguen por sus respectivas potencias.

La esencia humana está medida por su libertad, la cual no es arbitraria ni sólo electiva. Es vida añadida que organiza la concausalidad por encima de la causa final y vida iluminante de la irreductibilidad del ámbito intramental al que suscita, vida aportante, constituyente, del refrendo del bien; en definitiva, vida como disposición de la realidad esencial. Estas cuatro descripciones de la libertad esencial tienen en cuenta que la libertad ha de comunicar con temas.

La libertad esencial es método de cabo a rabo, de modo que no se aísla ni es compatible con temas en sí, ya que es superior a ellos como vida añadida, como iluminación, aportación o disposición. La libertad comunica con temas en el sentido de coincidir: concordar lúcidamente sin confusión con ellos²⁵. La aceptación que la persona busca, la esencia la encuentra en tanto que el tema es inferior al méto-

²⁴. El abandono del límite no corre a cargo de la voluntad. Ello iría en detrimento de la vida práctica. Insisto, el bien trascendental satura la potencia voluntaria. En cambio, el conocimiento objetivo de la verdad no satura la inteligencia, pero es imprescindible para la constitución de los actos relativos a medios. Por eso debe admitirse la razón práctica. Desde luego, el bien trascendental no se conoce objetivamente: los actos voluntarios que tienen que ver con él *no lo presentan*. De aquí la distinción entre *voluntas ut ratio* y *voluntas ut natura*.

²⁵. La pérdida del tal acuerdo es la perplejidad.

do. Si la aceptación del método está asegurada, la búsqueda es omitida y la libertad se extiende.

Queda por dilucidar de dónde viene el tema. En la esencia, venir significa *proceder*. El contenido temático de la esencia no es sólo la vida recibida, sino perfecciones puras, inmateriales —suprasensibles—, que son redundancias de la sabiduría y de la generosidad de la persona²⁶.

2. Glosa²⁷

El *co-existir*, o carácter de *además*, equivalente al ser personal humano, es “intrínsecamente dual” en su condición de acto primario, “radical”, o acto de ser, y, por así decir, “redoblantemente”, esto es, “insistiendo” en esa intrínseca dualidad de su condición primaria, o, para formularlo de alguna manera, como *co-acto de co-ser*, por lo que estriba en “avance” según libertad, o más alto que como sola principiación según necesidad.

La intrínseca dualidad redoblante del carácter de *además* o co-existir equivale a que es acto o avance, esto es, método —de ser—, que “de antemano” *alcanza* el tema, según lo que, a su vez, lo “torna en método” para un tema ulterior, que, sin embargo, ni *encuentra* ni alcanza, pero que, en libertad, puede *buscar*.

Paralelamente, en virtud de esa condición redoblante de su intrínseca dualidad como acto o avance, y equivalente a libertad trascendental personal, el co-existir “se abre” en intimidad. Mas, incluso de este modo, la persona según el co-existir carece de *réplica* en intimidad: es “actuosidad” de intrínseca dualidad inagotable según el *además*, pero sin distinción de personas en intimidad, sin “respuesta” a su íntima “inquietud” o actuosidad. Al cabo, de acuerdo con su intrínseca dualidad redoblante según el *además*, el co-existir se torna en método respecto de esa réplica, de cuyo encuentro y alcanzamiento carece en intimidad.

²⁶. Dichas redundancias, que pasan muchas veces inadvertidas, son, a mi entender de tres órdenes: los *símbolos intelectuales*, las *nociones claras* de la experiencia intelectual y las *noticias* de la experiencia moral.

²⁷. En los párrafos que siguen se glosa, mientras nada más se indique, unos párrafos del tomo II de la *Antropología trascendental* (pp. 12 a 17). En cursiva se destacan las nociones propias de Polo, y entre comillas las que pueden servir de glosa.

Ahora bien, por cuanto que la carencia de réplica en intimidad es incompatible con que la persona humana se aísle, pues una persona sola es inviable, la réplica libremente puede ser buscada; de esa manera la persona humana según el *además* busca no sólo otra persona, sino que *se busca* en la otra persona.

En vista de que el co-existir carece de réplica, la intimidad personal humana, incluso si busca la réplica, es, para indicarlo de algún modo, *silenciosa*. Paralelamente, la actividad o actuosidad según la que la intimidad personal se abre, que es la libertad trascendental, es un *tema sin tema*, salvo por conversión con el buscar. La libertad trascendental es tema sin tema en cuanto que como tema que es tornado en método, exclusivamente *ratifica* su condición metódica; por eso la libertad es tanto tema sin tema cuanto *método puro*. Esta condición metódica pura se corresponde, por su parte, con la libertad trascendental como *libertad nativa*.

La búsqueda de réplica en intimidad es posible en virtud de que el *además* es tema que se torna método, mas en la medida en que se le *comunica* la libertad como método puro; a su vez, tal búsqueda de réplica íntima, "conducida" por la libertad, se lleva adelante a través del inteligir y del amar. Libertad, intimidad, inteligir y amar son los trascendentales del ser personal como co-existir o según el carácter de *ademas*.

De acuerdo con la dualidad de libertad e intimidad, el acto de ser humano como co-existir o según el carácter de *además* equivale a un *viviente personal*, esto es, a una actuosidad o actividad primaria, mas de intrínseca dualidad redoblante, y, por ende, supra-principial o "sin necesidad de necesidad"; y que es actuosa según *apertura interior* y, más aún, *hacia adentro*, de modo que "sin salida (*egressus, exitus*): acto primario libre en intimidad.

A su vez, dicha libre actividad íntima que es el viviente personal se convierte con inteligir, en ese nivel como *transparencia* pura o luz "solamente luciente", sin autoiluminación, y con amar, cifrado por lo pronto en un "conato" de aceptar y de dar el ser que se es, puesto que, según el *además*, este ser carece de identidad. El *además* equivale, por eso, a "poder" de buscarse al buscar la Identidad, esto es, la Plenitud y, por tanto, equivale a "poder" de buscar el Ser personal en el que no falta Réplica en intimidad, o que es Viviente personal Originario en la plenitud de su Vivir.

Con todo, asimismo libremente puede el hombre rehusar a la búsqueda de la réplica de la que según el *además* carece en intimidad

y, en lugar de buscarla, pretender constituirla a través del *proceder en descenso* desde el ser personal en el que estriba el dinamismo de nivel esencial. Dicha pretensión lo es de identidad: pretensión de sí mismo, egoísmo, fracaso del amar como trascendental personal.

* * *

En la medida en que con la persona humana como co-existir o *además* se convierten el inteligir y el amar, la condición silenciosa del ser personal, o su carencia de réplica en intimidad, equivale a que, por lo pronto en cuanto a la intelección, carece de logos en su propio nivel: el “logos de la persona humana” no es su propio ser personal, ni una persona distinta: no es la réplica de la persona humana. Paralelamente, en el nivel personal carece la intimidad asimismo de don, o amor.

Ahora bien, por ser la persona humana silenciosa en el nivel trascendental o primario, o como acto de ser, debido a que en intimidad carece de réplica, de suerte que asimismo de logos, y no menos de don como amor, es acto de ser que en descenso procede “gestando” su esencia o, por así decir, “esenciando”.

Dicho proceder es conducido por el *extenderse* hacia abajo la libertad trascendental, según el *disponer*, y equivale a una *manifestación* de la intimidad que se convierte con esa persona. Y de acuerdo con la dualidad de disponer y manifestar crece irrestrictamente, por proceder del *además*, la *vida esencial* del viviente personal humano.

De ese modo, al descender la persona humana según la libertad, los temas no se buscan sino que sin más se encuentran. El encuentro temático según el descenso de la persona al nivel del dinamismo que es su esencia compete, por lo pronto, al inteligir como *iluminación esencial*. A su vez, la creciente iluminación esencial, que encuentra, puede ser elevada a amor, o “instaurada” bajo la condición de don, de acuerdo con el descenso del amar como trascendental de la persona, que, en ese nivel, equivale a aceptar tanto como a dar.

Paralelamente, la esencia humana depende y procede del co-existir o carácter de *además* de entrada en cuanto que con él se convierte la intimidad personal, actuosa según la libertad trascendental, y de manera que el encuentro temático a través del descenso del inteligir y del amar equivale a la manifestación de esa intimidad, por la que el ser personal, si bien tampoco encuentra la réplica íntima de la que carece, desde la libre búsqueda se *orienta* hacia tal réplica, en ese nivel esencial a través del encuentro con otras personas humanas. Di-

cha orientación se corresponde, por su parte, con la libertad trascendental como *libertad de destinación*.

En consecuencia, la libertad trascendental, careciendo como tema de tema ulterior, o estribando en puro método, conduce, como "hacia arriba", el tornarse en método del tema que lo ratifica, y según el que puede orientarse a la búsqueda temática, si bien puede asimismo rehusarla; mientras que, como "hacia abajo", conduce el encuentro de temas de acuerdo con la manifestación a través del descenso del inteligir y del amar de nivel personal.

Y de esa manera, en tanto que la libertad puede comunicarse a los otros trascendentales personales, el bajar como disponer manifiesta asimismo la orientación o dirección en búsqueda, o bien la pretensión de sí mismo de acuerdo con una presunta identidad, precisamente mediante el descenso al encuentro de temas.

* * *

De modo que el co-existir según el carácter de *además*, equivalente al ser personal humano, es silencioso en el nivel trascendental; sin embargo, la persona no se conforma con el silencio, sino que aparte de poder buscar, encuentra, al manifestarse y manifestar bajando a la esencia.

La manifestación, debida en último término a que la persona puede trocarse en búsqueda, es una victoria, aun si de nivel esencial, con lo que de condición dinámica, potencial, sobre el silencio, que, por su parte, no se vence con el mero buscar.

Y si la búsqueda de réplica es del nivel del ser personal y, por eso, trascendental o, más aún, trascendente, pues se busca, al cabo, lo que por entero trasciende la persona humana, que es Dios, ya que en Él no puede faltar la réplica, la manifestación de nivel esencial que procede debido a la carencia de réplica personal en el nivel trascendental, comporta un descenso dependiente del acto de ser personal, e inferior, en el que, por así decir, se "gestiona" la orientación de nivel trascendental.

* * *

A su vez, en tanto que la carencia de réplica íntima del ser personal humano comporta no sólo el poder de libremente orientarse en búsqueda, como hacia arriba (o de rehusarla), sino también el proceder, como hacia abajo, de acuerdo con la asimismo libre manifestación

de nivel esencial, ese dual conducirse la persona se lleva adelante de acuerdo con el descenso, a la par que ascenso, del inteligir y del amar. Tal descenso es, a la par, ascendente, en la medida en que comporta una “guarda” creciente de la gestada riqueza esencial; y guarda que compete al ápice del descenso en tanto que procedente desde el *además* como método, o desde el hábito de sabiduría, y que se corresponde con el hábito de sindéresis.

Por su parte, el descenso que procede del *además* desde la sabiduría y a partir de la sindéresis, según el inteligir se bifurca de acuerdo con la dualidad de solo inteligir o de, además, querer, que, “apropiados” por la persona, comportan “carácter de yo”, y así equivalen a *ver-yo* y *querer-yo*.

El *querer-yo* es, no menos, un descenso del inteligir puesto que incluye intelección del bien como “otro” que cabe aportar al ser en su esencia; sin embargo, en consecuencia, exige un “comprometerse” el ser personal, según el carácter de yo, en la actuación por la que el bien se intenta, y que, con todo, no hace falta en el mero *ver-yo*. De donde el *querer-yo* es el miembro superior de esa dualidad.

Por lo demás, no sólo al *querer-yo*, pues también al *ver-yo*, le compete ser elevado a amor o don según el descenso del amar personal. Y si la apropiación personal del descenso de nivel esencial se corresponde con la guarda creciente de ese proceder por el que baja la persona según el inteligir —también en el querer— y el amar, dicha guarda, como “en propiedad”, del proceder descendente según *ver-yo* y *querer-yo*, a través del descenso del amar es ofrecida a otra persona, de entrada, a la Persona buscada, es decir, a la Persona sin carencia de réplica en intimidad, y en Quien la persona humana se busca.

* * *

En último término, la manifestación procedente del acto de ser humano como co-existir o co-ser, o según el carácter de *además*, en tanto que intimidad actuosa según libertad, o como viviente personal, se corresponde con la distinción real, con respecto a ese acto de ser, del dinamismo o potencialidad irrestrictamente creciente que es su vida de nivel esencial; distinción equiparable, a su vez, con la de acto y potencia en la criatura humana.

Y es a esa temática a la que se accede según los hábitos de sabiduría y de sindéresis o, en filosofía, de acuerdo con la tercera y la cuarta dimensiones del abandono del límite mental, correspondientes a esos hábitos.

A la par, el acto de ser y la esencia potencial humanos equivalen al viviente personal y a la vida esencial en vista de la dualidad de libertad e intimidad como trascendentales del ser personal, y que descienden al nivel de la esencia.

Así, el depender de la esencia humana respecto del acto de ser personal como libre o dispositiva extensión según la que se manifiesta la intimidad del intrínseco co-existir según el *además*, equivale a proceder según el descenso del ser personal, en calidad de dinamismo irrestrictamente creciente.

Dicho proceder de la esencia de la persona humana se lleva adelante desde el hábito de sabiduría como *valor metódico* del carácter de *además* o co-existir, y cuyo *valor temático* son los trascendentales del ser humano, no sólo la libertad y la intimidad, según los que es un viviente personal, sino asimismo el inteligir y el amar, que, por eso pueden equipararse con el vivir que como íntima actuosidad libre es ese viviente personal.

Y el ápice de tal proceder manifestativo, también en cuanto que apropiado por la persona, es el hábito de sindéresis, que antes que innato como el de sabiduría, es nativo por proceder de éste, y que en según el descenso del inteligir personal es dual, por su parte, según *ver-yo* y *querer-yo* en cuanto que en éste no sólo se entiende el bien, sino que a su través se intenta.

* * *

La intimidad que según libertad se abre de acuerdo con el co-existir o carácter de *además* equivalente al ser personal humano carece de réplica en su propio nivel; sin embargo, en el nivel de su esencia, o según la manifestación de esa intimidad, en cierta medida la logra de acuerdo con el encuentro con otras personas humanas a través del manifestarse, comunicativo, en el que estriban sus respectivas esencias. De esa manera la esencia humana es dialógica: la sociedad humana se construye a través de la comunicación, sobre todo lingüística.

Con todo, el lenguaje humano no agota el logos de la persona humana, que, por lo demás, tampoco se reduce a las diversas lógicas²⁸. Y aun si el lenguaje humano concierne tan sólo a la esencia como

²⁸. De otro lado, tanto el logos como las lógicas y el lenguaje humanos se distinguen del Logos divino, pues, por lo pronto, la Primera Persona divina no carece de réplica según el Logos, que es la Segunda; y también es Persona divina el Amor, o Don.

manifestación de la intimidad personal, es decir, a la comunicación recíproca entre personas humanas, a través de tal manifestarse comunicativo resulta asequible cierta réplica de la persona humana, aunque en el nivel esencial, de acuerdo con la socialidad²⁹.

En tanto que es manifestativa, la esencia humana equivale a una *apelación*, es decir, a un prestar atención y pedirla. A su vez, esta apelación no es anónima en la medida en que comporta carácter de yo, de acuerdo con la apropiación personal del inteligir de nivel esencial, y del querer, según *ver-yo* y *querer-yo*.

* * *

De manera que el depender la esencia humana de la persona procediendo de ella a partir de un ápice, que es el hábito de sindéresis, este ápice lo es de un proceder que de dos maneras es dinámico o potencial, en tanto que creciente, o vivir en cuanto que vida de nivel esencial: según el inteligir como *ver-yo*, y según el querer, que asimismo involucra intelección, como *querer-yo*.

En tanto que proceden del ser personal a partir del ápice esencial, *ver-yo* y *querer-yo* estriban, respectivamente en *suscitar* como en *cascada* según el solo *mirar* o ver la persona, y *constituir* como en *corriente*, según el mirar como “idear” aquello que, a su vez, se intenta aportar, que es el bien.

Se trata, pues, de un mirar dual y, por así decir, prolongado en tanto que irrestrictamente creciente, y según el que es dinámico el vivir como vida esencial del viviente personal a partir de la sindéresis en tanto que ápice de la esencia humana.

* * *

Por su parte, la libertad es el trascendental antropológico que más en directo se convierte con el co-existir o carácter de *además*, pues equivale a la actividad o actuosidad del co-acto de co-ser perso-

²⁹. Según el relato bíblico, en el paraíso hablaba el hombre con Dios; de esta manera, antes del pecado, la carencia de réplica en el nivel del ser personal humana era vencida por la familiaridad con Dios.

Ahora bien, la capacidad humana de diálogo no es anulada por el pecado; la amistad es la más alta comunicación esencial. Asimismo ha sido invitado el hombre, aun después del pecado, a restablecer la amistad con Dios; esa amistad se vive, por lo pronto, en la oración, que es el diálogo supremo de la persona humana.

nal, que, según la redoblante dualidad intrínseca, a la par se convierte con la intimidad personal en su abrirse inagotable como adentrándose en su interioridad.

Ahora bien, así como la intimidad según el intrínseco co-existir carece de réplica íntima, de modo que es silenciosa, la libertad trascendental es método con cierta "ausencia" de tema, puesto que según su peculiar condición, en cuanto a su valor temático estriba no más que en ratificarse como valor metódico. Y es de esta suerte como la libertad trascendental equivale a la estricta actuosidad del carácter de *además*.

Con lo que al reducirse la libertad trascendental temática a ratificarse en tanto que metódica, de suyo no remite a otro tema, a no ser al comunicarse a los otros trascendentales personales según el *trocarlos en buscar*: como tema que ratifica el método la libertad no es dual con ningún tema ulterior. De ahí, también, que el valor temático de la libertad, en cuanto que ratifica el metódico, equivalga por entero a la *no desfuturización del futuro*.

A su vez, en el nivel esencial, el extenderse en descenso de la libertad trascendental como disponer, es método que conduce el irrestrictamente creciente encuentro de temas suscitados según el *ver-yo* o, además, constituidos según el *querer-yo*.

De ese modo, por depender de la intimidad personal en tanto que abierta según el co-existir o carácter de *además*, cuya actuosidad es la libertad trascendental, la manifestación de nivel esencial está, por así decirlo, "atravesada" por la libertad: la libertad trascendental se extiende de acuerdo con la libertad esencial o disponer. Tal extenderse de la libertad es la actividad o actuosidad del nivel de la esencia, que al ser de creciente dualidad intrínseca, equivale a un dinamismo o potencialidad, pero distinto de cualquier dinamismo físico, solamente principal.

Y en esa medida la esencia humana comporta vida, mas no tan sólo natural, perecedera, sino inmortal en tanto que procede del carácter de *además*, que es actuoso como libertad según la no desfuturización del futuro.

La extensión de la libertad como no desfuturización del futuro a la esencia es la inmortalidad de ésta, pero también su equivalencia con un *proyecto* manifestativo: la vida esencial humana es proyectiva. Dicho proyecto involucra el crecimiento esencial en vista de la orientación destinal que compete a la libertad en el nivel trascendental.

* * *

De ese modo, de acuerdo con un proyecto, procede la dualidad de la esencia humana como manifestación, según el *ver-yo* en tanto que cifrado en iluminar, y según el *querer-yo* en cuanto que, además, en aportar. Por su parte, ambos miembros de la dualidad pueden ser elevados a don o amor según el descenso del amar trascendental. por lo demás, sobre todo de acuerdo con el amar se lleva adelante la orientación destinal de la persona humana como viviente, a la par con el proyecto de su vida esencial.

Y ya que tanto a través del iluminar —y aportar—, cuanto de la elevación a don, se conduce el manifestarse la intimidad personal en el nivel esencial, la vida inmortal está intrínsecamente iluminada no sólo de acuerdo con la dualidad de la sindéresis, sino, más aún, mediante el inteligir que va en el amor, y que anticipa la intelección de las otras personas humanas en su condición como acto de ser, la que en el nivel trascendental, es imposible con plenitud sin entrar en la Vida divina. En esa medida, ni siquiera con la muerte corpórea puede extinguirse la iluminación esencial, o, mucho menos, el amor o el don.

Paralelamente, siendo inmortal la actividad —dinámica, o crecientemente potencial— de la esencia humana en tanto que extiende como disponer la libertad personal que lo es como futuro indesfuturizable; y actividad que estriba en vida de acuerdo con su inmanencia manifestativa, procedente, a la par, del co-existir según el que se abre la intimidad personal, aun si, en cambio, la actividad del co-existir, que es la libertad trascendental, estriba, si cabe decirlo así, en más que inmortalidad, pues admite ser introducida en la Vida eterna de Dios: el viviente personal creado «conocerá como es conocido».

* * *

Por otra parte, en cuanto que la vida humana equivale a la manifestación del viviente personal, en modo alguno se limita a vida de acuerdo con un seguir viviendo, sino que estriba en *aspirar a vivir más*³⁰.

La vida humana de nivel esencial no es sin el viviente personal del que depende; por eso no equivale a sola vida natural, que corresponde a una instancia en el análisis real del ser principal; y no es vida

³⁰. Eckhart pregunta a la vida: ¿vida para qué vives?; y la respuesta que refiere es: vivo para vivir; el “para qué” de la vida es vivir y, por eso, sostiene, es eterna: si se reitera la pregunta, la respuesta será invariable.

natural ni siquiera si respecto de la *phúsis* se distingue un sentido nominal y otro verbal, pues la vida humana es activa, dinámica, y el viviente acto de ser; de donde ni el viviente humano, ni su vida, tienen sentido nominal: el hombre no es un ente; la persona humana no es "el que vive", sino el "quien viviente"; y mucho menos su esencia es sujeto de la vida, ni lo son el alma ni el cuerpo humanos: la vida está solamente en vivir, y el vivir como vida esencial procede y depende exclusivamente del vivir que es el viviente personal; su vida esencial equivale a la extensión manifestativa de su libremente actuosa intimidad.

* * *

A la vista de la dualidad de libertad e intimidad según la que se lleva adelante el vivir que es el viviente personal humano, y desde luego por convertirse una y otra con el carácter de *además*, o co-existir, pero también en cuanto a su descenso de nivel esencial, cabe distinguir, no sólo el viviente personal y la vida esencial, sino, consiguientemente, la vida añadida —o *refuerzo vital*— y la vida *recibida* —o *inspiración vital*—.

La vida, o el vivir que depende del co-existir como acto de ser, es vida esencial del viviente personal; de donde el vivir humano, en tanto que equivale a vida, está en el nivel esencial: es la manifestación del viviente humano, cuyo vivir, según el carácter de *además*, se convierte con la persona como acto de ser, que es no ya sólo inmortal, sino asimismo intemporal o, mejor, supratemporal.

La sentencia aristotélica «*zen zosi eínai, vivere viventibus est esse*» vale en antropología sobre todo para el vivir en cuanto que equivale al viviente personal, equiparable con el ser, como acto de ser, según el carácter de *además*. Desde donde también cabe sentar que *vita viventibus est essentia*: solamente para las personas vivientes su vida es su esencia.

El vivir de ningún animal es *además* a título de viviente personal, ni su vida es esencia, sino tan sólo vivir, como vida, de una sustancia *potencia de causa*, esto es, actividad de una potencialidad según el despliegue en el que estriba su condición como naturaleza. El animal se agota en tal vivir, sin que además sea viviente, y sin que su vida sea la esencia de un acto de ser: su vida es sustancial y natural — es individuo de una naturaleza viva—, mas no esencial.

* * *

Por su parte, en cuanto que la vida añadida depende del co-existir o *además*, son características suyas reforzar esa vida que no procede de ella, y respecto de la que, consiguientemente, le corresponde añadir, *redundar*, e inspirarse.

De donde la manifestación que depende del co-existir, no sólo se manifiesta, sino que, a la par, en calidad de vida añadida, manifiesta la vida recibida, y, al manifestarla, la eleva al nivel de la propia esencia: la “asume” como manifestación de la intimidad personal.

Por consiguiente, la riqueza de la esencia humana es también el “contenido” de la vida recibida, aunque, ante todo, el vivir, como vida, que procede del viviente personal, y que, al añadirse a la vida recibida, la refuerza. Luego la vida humana de nivel esencial, aun sin ser una réplica del viviente personal —y sin redoblar en la dualidad según el *además*— comporta un redundar suyo: es vida en tanto que se añade, y añade, al recibir; y vida que, al añadirse y añadir, se inspira en la vida, natural, que recibe.

* * *

Así pues, la vida humana como vivir de nivel esencial que procede del viviente personal es, a la par, vida añadida a la vida recibida en cuanto que procede generada por los padres.

Ahora bien, “padre”, “madre” e “hijo” son nombres de personas; y aunque no existe hijo humano sin generación, los padres lo son en virtud del hijo, no al revés: las células germinales vivas proceden de los padres, mientras que la persona del hijo es creada por Dios. Luego por más que a distintos actos de generar correspondan hijos distintos, el carácter personal del hijo no procede de sus padres, sino de Dios.

De esa suerte la procedencia de la vida recibida respecto de los padres concierne no sin más a la contingencia y azarosidad de la generación de cada ser humano, es decir, de lo que aportan los padres, sino sobre todo a la predilección divina, sin la que ninguna persona humana existe. A su vez, al provenir de Dios la persona humana como libertad creada, el carácter azaroso de su generación concierne también a la persona del hijo, pues quién vendrá a ser depende asimismo de él, y no sólo de lo que aportan los padres.

Por lo pronto, el cuerpo de una persona en modo alguno es intercambiable; si fuera generado otro cuerpo, sería creada una persona distinta. Paralelamente, los padres aportan células vivas que se desprenden de su cuerpo; y hasta ahí es válido hablar de "reproducción"; sin embargo, más apropiado sería referirse a una donación con la que Dios cuenta, y que al hijo compete aceptar; tal aceptación, que es del nivel del acto de ser humano, aun si, involucrada en el tiempo de la esencia, es indisociable de la creación de ese acto de ser, del hijo, como persona, y comporta una gratitud que se incrementa con la deuda contraída por la educación paterna.

De suerte que la vida que viene de los padres tiene que ser reforzada por el hijo para que sea vida propia: se añade vida de nivel esencial a la vida natural generada según las células germinales, que siguen vivas al desprenderse del cuerpo de los padres; a la vida que procede por generación se ha de añadir un refuerzo que depende de la persona del hijo; dicho refuerzo es la manifestación de la persona. Si la vida de un ser humano procediera enteramente de sus padres, no se podría hablar de la vida como esencia de la persona del hijo.

* * *

Por otra parte, la condición de la naturaleza —o "especie"— humana, asimismo es social, y la vida recibida emplaza o *sitúa* a la persona en la historia. Si el ser humano se aísla, el crecimiento de su libertad esencial es imposible.

A la par, en la medida en que la apropiación de la vida que viene de los padres tiene éxito, acontece la *expresión* esencial. La expresión es psicosomática y mortal. La expresión psicosomática comprende el desarrollo desde luego de las funciones orgánicas, pero más aún el de las facultades sensibles cognoscitivas y apetitivas, cuyo ejercicio es sistémico: relacional y complejo. La expresión es guiada por la manifestación, y sin ella su complejidad —que no es sólo gestual— se dispersa o desordena.

* * *

Así que la esencia humana procede en calidad de libre manifestación de la persona, es decir, es vida manifestativa del viviente. Ahora bien, al descender tal proceder manifestativo, no menos comporta ascenso, pues avanza desde los temas inferiores hasta los más altos, conducido por la libertad según su extenderse como disponer en el nivel esencial.

En tanto que asciende mientras desciende, a la vida esencial de la persona humana compete inspirarse en la vida recibida tanto como, a la par, aspirar a más vida, o a vida más alta; y tal aspiración depende, al cabo, del carácter de *además*. De ese modo, sin que se suponga —o sin que se tome como sujeto— ni el viviente personal ni su vida esencial, tampoco se supone la vida recibida ni la vida añadida, y en orden a su aspirar a más de acuerdo con un irrestricto crecer.

Paralelamente, la distinción real del viviente personal y la vida esencial comporta que la vida esencial es del viviente personal en la medida en que esa vida añadida refuerza la vida recibida; sin dicho refuerzo no se lleva adelante la manifestación, de modo que lo propiamente manifestativo es el refuerzo, que, a su vez, comporta la orientación de la vida esencial a cargo de la libertad trascendental como futuro indefinible. De esa manera, en cuanto que procede según el descenso de la libertad y de la intimidad que se convierten con la persona, la vida esencial aspira a más vida, a vida más alta, mientras a través de la manifestación apela a otras personas.

* * *

Por su parte, el alma espiritual —inmortal— es equiparable con la manifestación esencial humana, que desde la sabiduría baja a partir de la sindéresis hasta las potencias inmateriales y hasta la expresión psico-somática³¹.

De donde a partir de la sindéresis el alma espiritual equivale a refuerzo vital. A su vez, el refuerzo vital equivale a ser capaz de inspirarse en la vida recibida para aspirar a más vida. Tal inspiración comporta, antes que inteligir la vida corpórea, sobre todo reforzarla como vida³².

Por su parte, la sindéresis se corresponde con un inspirarse *global* y, en consecuencia, con una manifestación y un refuerzo globales. Si la manifestación no tuviera índole global, sería inviable el inspirarse en la vida.

³¹. Según santo Tomás de Aquino la realidad del alma se conoce habitualmente. Cabe equiparar ese hábito con el de sindéresis, que, por proceder del de sabiduría, que es innato en la medida en que estriba en de antemano alcanzar el ser personal, es, por así decir, “nativo”, esto es, “nacido” de inmediato en la medida en que, como ápice de la vida esencial, procede del viviente personal.

³². Dios no se inspira en la vida creada porque es Originariamente Viviente.

En esa medida se distingue el hábito de *sindéresis* del de *intellectus* como hábito de los primeros principios, cifrado en *advertirlos*, pero no en un inspirarse en la principiación primera advertida, según lo que, por lo demás, este hábito se corresponde con la *generosidad* de la persona.

Luego la *sindéresis* se distingue del *intellectus* como generosidad en tanto que ella es el ápice global de la inspiración vital de la vida que se añade en la vida recibida, a la que refuerza. Paralelamente, los primeros principios son advertidos, por lo pronto, en cuanto al acto de ser extramental, de modo que con carácter de independientes respecto de la persona humana; en cambio, el vivir como vida esencial depende y procede del vivir como viviente personal.

Asimismo, a partir de la *sindéresis* el inspirarse de la vida añadida en la vida recibida es dual con el aspirar a más vida, porque el refuerzo equivalente a la vida añadida es superior a la vida recibida. En cambio, los primeros principios, en lo que les compete de condición como actos de ser, son más altos que el hábito de *intellectus*, que también depende del viviente como acto de ser personal, y según el que a ellos se accede plegándose a su superioridad³³.

Al cabo, el inspirarse en la vida recibida en modo alguno es unilateral, o sin refuerzo de ella por parte de la vida que se añade; refuerzo que, por su parte, se cifra en la *inclusión* de las potencias espirituales, inteligencia y voluntad —y, así, del alma espiritual, según estas potencias—, en el cuerpo, esto es, en la vida recibida según el inspirarse en ella y reforzarla³⁴.

* * *

Así pues, la vida humana como esencia depende del viviente personal, y es vida como refuerzo de la vida recibida, la que, a su vez,

³³. En rigor, son más altos que la persona humana el primer principio de Identidad y el de causalidad trascendental, mas no el de no contradicción, equivalente al persistir como principiación primera extramental.

³⁴. Santo Tomás emplea la noción de procedencia, a manera de emanación, con respecto a la inteligencia y la voluntad (cfr. *Suma Teológica*, I, q. 27, a. 6, ad 3). De acuerdo con esta conciliación de Aristóteles con el neoplatonismo, la filosofía tomista es una síntesis de gran altura.

A su vez, en tal sentido interpreta el Aquinate la tesis aristotélica de que la voluntad está en la razón. En esa medida, la voluntad y la voluntariedad estriban ante todo en un descenso de la iluminación esencial, antes que del amar. (Se glosa la nota de *Antropología trascendental* II, 210).

es vida como naturaleza; la vida esencial se inspira en la vida natural y la refuerza aspirando a más vida. Paralelamente, el refuerzo comporta manifestación de acuerdo con una orientación creciente debida al extenderse dispositivo de la libertad trascendental como futuro indefinible.

Por eso, de otra parte, la vida reforzada comporta una valoración: vivir más, vivir una vida más alta, no resulta indiferente; y es de esta manera como la vida esencial se inspira en la vida recibida; luego el valorar y el inspirarse que aspira son inseparables.

Desde donde asimismo se abre la distinción entre vida *valorante* y vida *valorada*³⁵. La vida es valorada en tanto que nunca es bastante para inspirar la vida que a ella se añade aspirando a más vida; y por eso el inspirarse se dualiza inseparablemente con el aspirar a más vida. De parte suya, la vida recibida propende a pervivir, y, sólo en esa medida, valora: en cuanto que, por así decir, tan sólo reclama sus fueros; mientras que la vida añadida, al inspirarse en la vida recibida aspirando a más vida, es valorante, y libremente dispone según la vida valorada. Al cabo, vale más, ya que no se reduce a seguir viviendo, sino que se inspira aspirando a más vida, a vida superior.

La capacidad de inspirarse en la vida recibida aspirando a más vida pone de relieve el carácter irrestrictamente creciente de la esencia de la persona humana. Si bien el inspirarse que aspira es propio de la vida espiritual, si faltara vida en la que inspirarse, las potencias espirituales no serían suscitadas y desde luego no se actuaría según ellas. Por lo pronto, la *sindéresis* ilumina los fantasmas: iluminarlos equivale a inspirarse en ellos.

Correlativamente, puesto que se sigue del inspirarse en la vida recibida, la inteligencia es potencia pasiva; y asimismo lo es la voluntad. La noción de potencia pasiva apunta a la “humildad” de la vida valorante, es decir, del refuerzo vital. A lo que, a su vez, se debe que la potencia intelectual y la voluntaria empiecen a operar en determinada fase del desarrollo de la vida humana.

* * *

Por su parte, la unión del alma con el cuerpo como vida recibida, se entiende como inspiración valorativa; el alma es vida añadida que “tira hacia arriba” de la vida recibida en cuanto que la refuerza; en

³⁵. La distinción entre vida valorante y vida valorada permite una exégesis de la noción de *valor*, discrepante de la de Nietzsche.

esa medida el refuerzo, que depende de la orientación según el extenderse dispositivo de la libertad trascendental equivalente a futuro indefinible, comporta una *recepción apropiante* de la vida valorada.

La recepción apropiante de la vida recibida corre a cargo de la vida añadida en cuanto que procedente del viviente personal; por donde desde luego compete a las potencias espirituales en tanto que incluidas en la vida natural; y antes que a las operaciones intelectuales y que a los actos voluntarios, sobre todo, por ser global, compete a la *sindéresis*.

En consecuencia, el alma humana concierne no apenas a las potencias espirituales, sino más que nada al ápice habitual de la esencia en tanto que procedente del ser personal, que es la *sindéresis*, a partir de la que esas potencias son suscitadas e incluidas en la animación de la vida natural; y, así, la recepción del cuerpo compete a la *sindéresis* como hábito nativo, más bien que innato.

De donde la condición del alma respecto del cuerpo es no la de "acto primero" ni, menos aún, la de una causa formal. Y desde luego es muy estrecha la vinculación del alma con el cuerpo, precisamente porque el alma es vida añadida a la vida recibida; solamente reforzándola o añadiéndose a ella, recibe el alma espiritual la vida natural que viene de los padres.

Paralelamente, la muerte afecta la vida esencial de la persona humana, aun si el alma espiritual es inmortal; la muerte en modo alguno es para la vida añadida un mero evento accidental. Asimismo, resulta insuficiente sostener que el alma humana separada del cuerpo sea una sustancia incompleta, pues, por lo pronto, la *sindéresis*, como hábito nativo, procedente del acto de ser, y en calidad de ápice de la vida esencial humana, es realmente superior a cualquier sustancia.

Por otro lado, por correr la recepción del cuerpo a cargo de la *sindéresis* como hábito nativo procedente del acto de ser personal desde el hábito que le es innato, el de sabiduría, es posible tanto la humana posesión corpórea de lo físico, o su adscripción al cuerpo, cuanto la actividad técnica y tecnológica.

* * *

De manera que al ser la vida recibida reforzada por la vida añadida, o en tanto que asumida, es elevada a libertad de nivel esencial, o

disponer, desde luego en sus niveles psíquicos, pero también en los orgánicos, aun si apenas parcialmente³⁶.

Y ya que en el nivel esencial la libertad “activa” la manifestación también en cuanto que se asume la vida natural orgánica, equivalente, a la par, a vida añadida que, medida por su libertad, organiza la vida recibida, esto es, que organiza una concausalidad por encima de la causa final.

De ese modo, más bien que disponer ‘de’ esa vida natural, entonces se dispone ‘según’ ella. De donde se sigue, también, que la vida natural, en tanto que asumida, pueda adquirir rango de norma moral en la vida de la esencia de la persona humana.

Por eso, respecto de la esencia humana incluso en cuanto que recibe el cuerpo como vida natural orgánica individual, que estriba en concausalidad, puesto que se le añade según su dinamismo espiritual, cualquier explicación meramente causal o sólo según la pregunta acerca del “por qué” resulta impertinente, ya que la vida añadida se distingue de la concausalidad extramental en tanto que es más que principal.

De donde en el cuerpo humano también la causa eficiente es menos incidente que en otras realidades físicas, porque es inhibida por la recepción de la vida orgánica por parte del añadirsele la vida esencial del espíritu.

A su vez, según la concausalidad, la potencia física comporta dinamismo, como potencia solamente activa, aunque inferior a la del acto como actualidad; mientras que el alma espiritual es dinámica no más que según actos crecientes, que son los hábitos adquiridos, y según los que puede *matizarse* el acto como actualidad; aunque también de acuerdo con los actos incoativos que cabe equiparar con las potencias pasivas.

Al cabo, la potencialidad de la esencia humana, distinta de la de la esencia extramental o física, que es concausal, se cifra en una pluralidad de actos libres, o dispositivos, y manifestativos de la intimidad personal, en los que estriba la vida esencial humana, que es dinámica o potencial de acuerdo con el irrestricto crecimiento de la actividad que en descenso procede del viviente personal que es cada hombre.

³⁶. En este párrafo y los que siguen se glosa *Antropología trascendental* II, 24-25.

* * *

Ahora bien, la esencia humana es activa en virtud del extenderse descendente de la libertad trascendental, como disponer, según el que entonces bajan los otros trascendentales personales, el amar y el inteligir —y éste también según la voluntariedad—, a través de los que procede la manifestación de la intimidad. De donde ni siquiera en el nivel esencial la libertad se reduce a libertad de arbitrio o a libertad electiva; la extensión de la libertad en modo alguno es unívoca.

Por lo pronto, la actividad libre como extensión de la libertad trascendental en el nivel esencial encuentra temas a partir de la dualidad de la *sindéresis*, cifrada en *ver-yo* y *querer-yo*. *Disponer-yo* es viable sólo según el *ver-yo* y el *querer-yo*; de lo contrario, el extenderse descendente de la libertad sería aporético, pues carecería de temas, ya que, en el nivel trascendental, la libertad es método ratificado por su tema, con lo que de suyo sin tema ulterior; sin *ver-yo* y sin *querer-yo* no cabría disponer según nada ni de nada. Luego para que el disponer sea temático es preciso suscitar y constituir los temas. Con todo, por encima incluso de la *sindéresis* cabe, con soberana libertad, elevar los temas esenciales a la condición de don o amor.

Por su parte, las luces iluminantes suscitadas a partir de la *sindéresis*, siendo métodos congruentes con temas encontrados, son a su vez temas de la *sindéresis* según el *ver-yo*, en vista de que lo que son iluminaciones que abren su propia claridad.

De suerte que la vida esencial humana estriba en la extensión de la libertad, de acuerdo con la manifestación esencial que así se lleva adelante, a través del descenso del inteligir y del amar trascendentales. Por eso, en cuanto que, como disponer, la libertad "activa" el inteligir de nivel esencial, comporta vida iluminante de la irreductibilidad del ámbito intramental, al que suscita (pero también vida iluminante del entorno extramental, que no suscita), así como vida constituyente y aportante según el intento del bien según su ideación inserta en el actuar voluntario; pero, a su vez, en tanto que la libertad "aviva" el descenso del amar, es vida que instauro el don o amor y refrenda con la amistad desde luego el intento del bien según el *querer-yo*, pero, no menos, el mero *ver-yo*.

Esas cuatro vertientes de la libertad esencial se corresponden con que la libertad personal ha de encontrar temas distintos de ella, ya que, en su propio nivel, solamente los busca, al comunicarse al inteligir y al amar trascendentales.

En definitiva, de acuerdo con la manifestación de la intimidad personal, en tanto que activada por la libertad, la esencia de la persona humana es vida como disponer *según* esa entera realidad esencial, sin que en modo alguno le competa disponer ‘de’ ella (en lo que estriba, por lo demás, el pecado).

* * *

En consecuencia, también al descender extendiéndose a través del entero nivel esencial, la libertad es método “de cabo a rabo”, esto es, método puro, de modo que, si bien no se aísla, pues encuentra temas al conducir el suscitarlos y el, además, constituirlos, tampoco de suyo es congruente con ellos, sino tan sólo en cuanto que, como disponer, se comunica al descenso de los otros trascendentales personales, por lo pronto al del inteligir, según lo que es superior a tales temas encontrados, en cuanto que es, en cualquier nivel, la actividad de la vida que se añade, según iluminación y aportación, o según instauración del don, esto es, según el amor.

De ese modo, al conducir el descenso de los otros trascendentales personales, en el nivel esencial la libertad es congruente con temas en el sentido de *coincidir*, esto es de acompañar sin mezclarse, o de concordar lúcidamente sin confusión con los temas.

Al cabo, la libertad es el método, acto o avance intrínsecamente dual según el que “se lleva adelante” el ser que es la persona humana, así como su esencia; en tanto que es método intrínsecamente dual comporta congruencia con tema solidario, es decir, equivale a método intelectual; la libertad es lúcida porque se convierte con intelección³⁷.

Paralelamente, la aceptación que la persona busca en su propio nivel es encontrada, aunque nunca de manera plena en el nivel de la esencia, o en tanto que el tema encontrado es inferior al método; si una aceptación del método que encuentra temas está asegurada, al menos en esperanza, la búsqueda es hasta cierto punto “omitida”, aunque en modo alguno anulada, para que la libertad se extienda en descenso como método que encuentra temas.

* * *

Ahora bien, la solidaridad metódico-temática creciente que equivale a la esencia de la persona humana proviene o procede de la

³⁷. Pasar por alto, o perder, la congruencia, acuerdo o concordancia según la coincidencia equivale a la perplejidad.

redoblante dualidad intrínseco del carácter de *además*, según el descenso de los trascendentales personales.

En esa medida, los temas que se corresponden con la esencia humana son no sólo los que se siguen del añadirse la vida esencial a la vida recibida, sino que ante todo estriban en los que proceden a manera de sola vida añadida, o solamente espirituales: perfecciones puras, inmateriales, suprasensibles, con carácter de redundancias, y tanto en la *sindéresis* cuanto a partir de ella, esto es, en el descenso, y correlativo ascenso, de la dualidad de *ver-yo* y *querer-yo*, desde la sabiduría o, además, por repercusión del hábito de los primeros principios en calidad de generosidad de la persona.

Dichas redundancias, que muchas veces pasan inadvertidas, son de tres tipos: los *símbolos intelectuales* o *ideales*, las *nociones claras* de la experiencia intelectual y las *límpidas noticias* de la experiencia moral; éstas últimas redundancias que integran la esencia de la persona humana equivalen a la afectividad de nivel espiritual.

* * *

Con el proceder de la esencia humana en cuanto que manifiesta de la persona, es decir, con el vivir en tanto que vida esencial, se corresponde, en calidad de método filosófico, la cuarta dimensión del abandono del límite mental, que parte del darse cuenta de la presencia mental limitada, correspondiente al inteligir objetivante, y accede a los temas más altos, en un ascenso animado no menos por la libertad³⁸.

A su vez, en la medida en que la vida esencial es vida añadida a la vida recibida en tanto que la refuerza, comprender la vida recibida, es decir, el cuerpo humano, sea asunto, arduo, del que no puede prescindir la cuarta dimensión del método propuesto, y que, por lo demás, ha de completar lo que se ha descubierto en su segunda dimensión, esto es, en la explicitación de la esencia del acto de ser extramental.

En tanto que la presencia mental limitada es la guarda de la esencia humana, como vida añadida, respecto de la esencia extramental, por eso, el cuerpo, como vida recibida, es uno de los sentidos de la noción de hecho: la presencia mental en tanto que limitada "lo da por hecho". En cambio, a la vista del refuerzo vital, el cuerpo no se supone.

Jorge Mario Posada

³⁸. En estos últimos párrafos de nuevo se glosa *Antropología trascendental* II, 15.

Bogotá, Colombia
e.mail: glosaspolo@gmail.com